

BELLAS ARTES

La Exposición de pinturas que en su propio taller están celebrando los señores Borrell, padre é hijos, ha puesto una vez más en lenguas el nombre de esta simpática dinastía de artistas, cuyo valimiento y laboriosidad hemos reconocido en repetidas ocasiones.

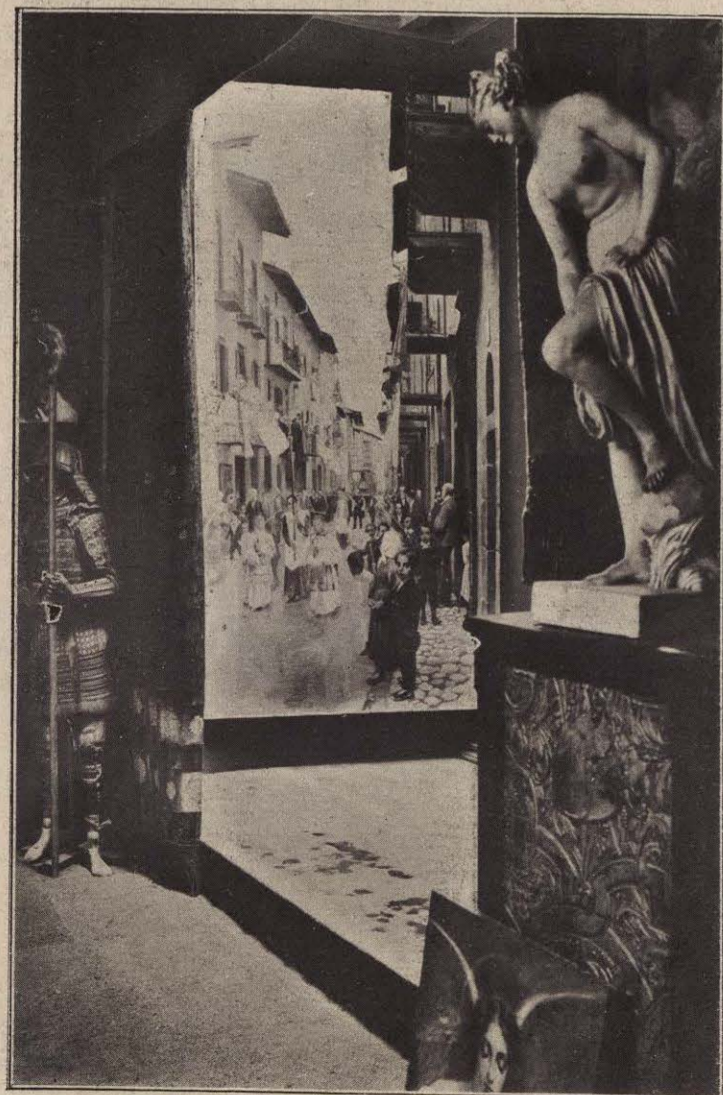
Don Pedro Borrell, que ha luchado hasta ahora, firme en la brecha, es el decano de los profesores particulares dedicados á la enseñanza de la pintura, y bajo este concepto, ostenta la más hermosa hoja de servicios. Sus discípulos son innumerables, y por ello ha contribuido durante los últimos treinta años á la difusión de la cultura artística de nuestros conciudadanos. Su mayor mérito profesional ha consistido siempre en aprovechar las dotes naturales del alumno sin violentarlas con sistemas ajenos á su comprensión y á su idiosincrasia. Por esto, sus discípulos han conservado sus cualidades originales, debiendo agradecer, sin embargo, al maestro la acertada dirección que les ha hecho abreviar el camino.

Otro mérito ha tenido: el de dar existencia física y artística á sus hijos Julio y Ramón, quienes honran á su padre y maestro con la bondad de sus obras.

Don Pedro Borrell, sin ser un genio, es un artista cuidadoso



GRAN SALÓN DE ESTUDIO EN EL TALLER DE LOS PINTORES BORRELL.



UN ÁNGULO DEL SALÓN DE ESTUDIO.

de la forma, conocedor del mecanismo, siempre circunscrito en los límites del buen gusto. En su larga carrera, ha tratado varios géneros de figura y especialmente el retrato, en el que supo crearse una especialidad.

De sus dos hijos, Julio tiene un temperamento más arrebatado y sinceramente artístico que Ramón, cuyos procedimientos son más apocados y reflexivos. El primero dibuja con admirable firmeza y conoce los secretos de la paleta como un consumado maestro. Cuando brega frente á frente con la naturaleza, sabe apoderarse de ella con una precisión y un vigor dignos de ferviente encomio. Hace contraposición con tan espontáneos dotes, su volcánica imaginación, tan exuberante de fantasía, que cuando piensa un asunto se da tal prisa á realizarlo, que sin dar tiempo á la madurez y al estudio, sale ya lampante del rápido pincel la visión apenas acariciada.

Su hermano Ramón, por el contrario, es metódico en sus procedimientos, y procura resolver *vis á vis* de la naturaleza los problemas que ésta ofrece.

La Exposición de las obras de los tres artistas ocupa casi totalmente el gran salón de estudio y parte del vestíbulo. En ella pudimos admirar la deliciosa *Mascarita* que publicamos, la *Procesión de la fiesta mayor de Puigcerdá*, una media figura *Las perdices*, y un *Bodegón*, cuadros de don Pedro; la *Plaza de Llívia*, *Ruinas de las Torres de Carol*, *Entierro de Mosen Jacinto Verdagner*, *La elevación de la Cruz*, el *Bosque de Tarrés* y *Cabeza de estudio*, amén de un gran cuadro admirablemente compuesto con los retratos de la familia Leonart, un buen retrato de la señora Manaut, presentado con mucha originalidad, y otros dos de conocidas personalidades, obra todos de Julio; así como de Ramón vimos un buen paisaje de la Cerdeña española, que incluímos en este número, la *Fiesta mayor de Dorras*, *Vall de Porté*, un *panneau* decorativo y una bonita acuarela de *Ix*, para no citar más que los que recordamos de la copiosa colección.

La Exposición de los señores Borrell es visitadísima por la buena sociedad barcelonesa, deseosa de demostrar sus simpatías al digno anciano que tanto ha contribuido á vulgarizar el arte, y de alentar á los dos jóvenes para que sigan, con igual entusiasmo que hasta aquí, las honrosas huellas de su señor padre.

El ALBUM SALÓN, agradecidísimo á la colaboración constante y desinteresada con que los tres artistas honran sus páginas, les felicita por este nuevo éxito que ha hecho reverdecer los laureles del primero y augura á los segundos un brillante porvenir.

FRANCISCO CASANOVAS

EL MIÉRCOLES DE CENIZA

Qué feliz era Ernesto! De familia opulenta, siendo el ojo derecho de su padre, educado en los más estrictos principios de la religión católica, sano de cuerpo y sano de alma, era lo que se llama un hombre feliz.

Hombre feliz, pues sus diez y nueve años equivalían en él á los treinta en la mayoría de los mortales. Serio y formal en todos sus actos, respiraba nobleza y sensatez. Incapaz de faltar á sus deberes, si bien no había disfrutado de los goces de la vida cortesana, tampoco había gemido bajo el peso del dolor ni del sufrimiento, y podía asegurarse que su vida tranquila y placida semejaba la del fralite, siendo su claustro las calles de la población, su huerto las floridas campiñas de sus alrededores y su celda las confortables y espaciosas habitaciones de su casa.

Ni en sueños había pasado por su imaginación la idea de que pudiera

existir otra vida de agitación y de fiebre, en la que el goce supremo alterna con el pesar más hondo. La mujer no encerraba para él enigma alguno, ya que nunca se propuso descifrarlo ni creyó que existiera, y para él el verdadero goce era el estricto cumplimiento del deber, y el pesar lo constituía el remordimiento ocasionado por alguna falta, que en él no podía ser grave.

¡Qué feliz era Ernesto!... Hasta que un día despertó en parte un su condiscípulo, describiéndole con frases entusiastas y vivo colorido los goces del amor y la belleza de un baile de máscaras. Tal impresión produjo en el cándido Ernesto la descripción que su amigo hizo de la



FIESTA MAYOR EN DORRAS (CERDEÑA FRANCESA). — Cuadro de RAMÓN BORRELL.

fiesta, que su indiferencia y su calma habituales se trocaron en vivísimos anhelos de disfrutar de los encantos de aquel sueño de hadas, y en tal sentido se dirigió al bueno de su padre que se quedó haciendo cruces é imaginando que el malo había alquilado la guardilla de su hijo.

Fueron vanas cuantas observaciones hizo el progenitor al obcecado Ernesto, y si bien sabía el padre que no le desobedecería, cedió al cabo ante la insistencia del muchacho, y otorgó tras vacilaciones sin cuento el apetecido permiso. Y desde aquel instante no pensó Ernesto en cosa alguna que no fuese el baile aquél del martes de Carnaval, que indudablemente por ser el último sería el más concurrido, el más brillante, el más apropiado para que Ernesto gozase.

Llegó por fin, todo llega en esta vida, la noche ansiada, y dando vueltas por las habitaciones, ardiendo en impaciencia, aguardó Ernesto la hora. El tardío reloj dió por fin las once campanadas, y Ernesto, vestido de etiqueta, con los nuevos guantes tan blancos como la vaporosa corbata y la reluciente pechera, abrazó á su padre prometiéndole por última

vez que no tardaría, ni echaría en olvido sus deberes ni sus enseñanzas. ¡Qué feliz era Ernesto, y cuánto iba á divertirse!

El teatro estaba deslumbrador. Las innumerables luces irradiaban una claridad fantástica por todos los ámbitos del salón; los rojos tapices de los púlcros hacían destacar los tonos claros y los dorados adornos de los antepechos y la alegoría pintada en la techumbre aparecía esfumada por una ligera nube de polvo y de humo. La nutrida orquesta, allá en el fondo, en amplia gradería, lanzaba los animados sonos de un mal llamado rigodón y las innumerables parejas, formando el curioso contraste del antipático traje de etiqueta de los hombres con los brillantes y varios disfraces femeninos, se entregaban al baile, ora abrazadas en rápida carrera, ora en corros, danzando macabramente la desesperada *cuadrille*.

Hasta el postizo suelo, de mal unidas tablas disimuladas por rica

RAMÓN BORRELL



ALREDEDORES DE PUIGCERDÀ (CATALUÑA).

JULIO BORRELL



PLAZA DE LLIVIA (CERDAÑA ESPAÑOLA).